

*Tradiciones* de Palma y las humorísticas poesías de Paz-Soldán: un no sé qué indefinible de gracia desenvuelta y no pensada, que á cualquier español hace mirar con cariño y simpatía á aquellos que, bajo el antiguo régimen, fueron, entre todos los criollos, los hijos mimados de España, tan españoles en todo, hasta en algunos de sus defectos y flaquezas.

## XI.

## BOLIVIA.

Esta república, creada por la voluntad omnipotente de Simón Bolívar en obsequio al equilibrio que él pensaba establecer entre los estados de la América del Sur, no tiene historia independiente en la época colonial, ni mucho menos tradiciones literarias. Está formada por las comarcas del Alto Perú (antiguas intendencias de La Paz, Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, con el desierto de Atacama), las cuales, después de haber formado parte integrante del imperio de los Incas, dependieron del virreinato de Lima hasta 1778, en que se creó el de Buenos Aires, limitado por el Brasil y la Patagonia, los Andes y el Atlántico. Este carácter híbrido domina en la moderna historia de Bolivia, que, según las circunstancias, aparece como un apéndice de la del Perú ó de la del Río de la Plata, sin haber podido afirmar todavía su carácter ni su política propia dentro de la variedad americana. Por otra parte, la población europea está allí en exigua minoría: sólo una sexta parte, contra cuatro quintas de

población india y otra de población negra: en tan inmensa superficie como la de 54.000 leguas cuadradas no habitan más que dos millones de hombres, es decir, unos treinta y siete por legua cuadrada (1).

La carencia de grandes centros de población y la falta de puertos importantes, hacen de esta república una de las menos abiertas de América al trato y comunicación intelectual con los extraños. No creemos, en vista de tan adversas circunstancias, unidas al continuo estado de anarquía y luchas civiles en que ha vivido esta república, que su producción literaria sea grande; pero lo que sí podemos afirmar es que á Europa apenas han llegado las obras de ningún autor boliviano.

Y sin embargo, esta región, á primera vista tan iliteraria, estuvo á punto de ser visitada en el siglo XVI nada menos que por Miguel de Cervantes, que en memorial de Mayo de 1590 pedía á Felipe II que «le hiciese merced de un oficio en las Indias de los tres ó cuatro que al presente están vacos, que es el uno la contaduría del Nuevo Reino de Granada, ó la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, ó contador de las galeras de Cartagena, ó *corregidor de la ciudad de la Paz*» (2). Si Cervantes hubiese conseguido esta vara, ¿quién sabe si Bolivia podría ufanarse hoy con ser la cuna del *Ingenioso Hidalgo*?

Otros ingenios, de menos cuenta sin duda, pero de buen estilo y de buen tiempo, visitaron el argentífero

(1) Tomo estos datos del *Manual de Geografía y Estadística del Alto Perú ó Bolivia*, publicado en París, 1860, por mi tío D. Baldomero Menéndez. Es probable, y aun seguro, que hoy deban rectificarse, pero no he encontrado libro posterior. Las publicaciones sobre Bolivia son rarisimas en Europa.

(2) Navarrete, *Vida de Cervantes*, pág. 313.

cerro del Potosí, á cuyas raíces se había fundado una población que á principios del siglo xvii llegó á contar 150.000 habitantes, y hoy (si no extinguida, venida muy á menos la labor de las minas), escasamente llegan á 15.000, según dicen (1). Entre los aventureros y arbitristas que, atraídos por la codicia del mineral y no ajenos de conocimientos metalúrgicos, acudieron á aquel fabuloso venero de riqueza pocos años después de su descubrimiento, hubo de contarse el vate lusitano Enrique Garcés, natural de Oporto, que al igual de otros muchos contemporáneos suyos de la centuria décimosexta, nunca usó en sus obras más lengua que la castellana. Decíase Garcés inventor de cierto procedimiento para beneficiar la plata por medio del azogue (2). «Gasté no poca parte de vida y hacienda (decía él mismo á Felipe II) en descubrir y entablar en el Pirú el azogue y beneficio de plata con él. Dí después algunos avisos en materias diferentes, como fué lo de la plata corriente, que allí pasaba por moneda de ley conocida, á lo cual, por vuestra christiana clemencia fuiste, señor, servido, de proveer de remedio, mandando no se tratase sino con plata ensayada ó con moneda acuñada, y aunque por ello fui notablemente molestado, nada será parte para que dexé de proseguir en lo que todo el mundo os debe.»

(1) Sobre el Potosí en la época colonial véase el interesante y ameno libro de D. Vicente G. Quesada *Crónicas Potosinas. Costumbres de la Edad Medieval Hispano-Americana* (París, 1890).

(2) Vid. Maffei y Rua Figueroa, *Apuntes para una biblioteca española de Mineralogía*, t. 1, pág. 277, y sobre Garcés como poeta el *Catálogo Razonado Biográfico y Bibliográfico de los Autores Portugueses que escribieron en castellano*, por D. Domingo García Pérez (Madrid, 1890), pág. 249.

No parece que ni sus avisos de buen gobierno ni sus advertencias metalúrgicas enriqueciesen á Garcés, puesto que habiendo enviudado se hizo presbítero, y fué á morir de canónigo en la catedral de México, dedicando sus últimos días al cultivo de las letras. Hay de él dos traducciones en verso, de *Los Lusíadas* de Camoens y del *Cancionero* del Petrarca, y una en prosa del libro de Francisco Patricio *Del reyno y de la institución del que ha de reynar, y de cómo deve averse con los súbditos y ellos con él*. Los tres libros, vertidos respectivamente del portugués, francés y latín, aparecen impresos en el mismo año, 1591, porque el autor, sin duda, los mandó simultáneamente á España. Entre los versos laudatorios que la traducción del Petrarca lleva, los hay del famoso navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, bien infelices por cierto. Suenan también en los preliminares del libro los nombres de Sancho de Ribera, poeta arequipeño, del Licdo. Villarroel (¿de Potosí ó de Quito?), de Fr. Jerónimo Valenzuela y Fr. Miguel de Montalvo, del Licdo. Emanuel Francisco, de un cierto *Adilón*, y de varios anónimos que presumo que serían todos americanos ó residentes en América. Uno de estos panegiristas alude á la invención metalúrgica de Garcés en estos términos:

Enrique, que al Ocaso enriqueciste  
Con el instable azogue que has hallado.....

Tal invención ó divulgación, si es que realmente fué el primero en hacerla, honra á Enrique Garcés más que sus versos incorrectos, desabridos, mal acentuados muchas veces, llenos de italianismos y de lusitanismos, como quien calca servilmente, en vez de traducir de un modo literario y haciéndose cargo de la diferencia de las

lenguas. Lo más curioso que para nuestro objeto contiene su libro de *Los Sonetos y Canciones del Poeta Francisco Petrarca*..... (1) es una canción del traductor, á imitación de la que principia *Italia mia, ben che'l parlar sia indarno*, dirigida á Felipe II quejándose de los vejámenes de que eran víctimas los colonos del Perú, y especialmente de la mala ley de la plata que allí circulaba:

Y, en fin, ello ha parado  
 En desterrar de aquí la plata pura,  
 Y agora una mixtura  
 Quieren que tome el pobre jornalero,  
 Que es plomo, estaño y cobre sin estima.....  
 .....

Otro poeta, portugués de origen y sevillano de nacimiento, llamado Duarte Fernández, pasó de Lima al Potosí á principios del siglo XVII, y de él dijo la poetisa anónima:

Y un tiempo fué que en tu Academia viste  
 Al gran Duarte, al gran Fernández digo,  
 Por cuya ausencia te has mostrado triste:  
 Fué al cerro donde el Austro es buen testigo  
 Que vale más su vena que las venas  
 De plata, que allí puso el cielo amigo.  
 Betis se ufana que éste en sus arenas  
 Gozó el primero aliento, y quiere parte  
 El Luso de su ingenio y sus Camenas.

No se le puede confundir con Duarte Díaz, autor de un poema de *La Conquista de Granada* (1590) y de un raro volumen de *Varias obras poéticas* en portugués y

(1) En Madrid, impreso en casa de Guillermo Droy, 1591.

en castellano, porque de éste consta que era natural de Oporto; pero puede muy bien ser el Licdo. Enrique Duarte, autor de un prólogo que antecede á las *Rimas de Hernando de Herrera* en la edición de Francisco Pacheco (1619).

Pero quien verdaderamente enriqueció aquel cerro con venas de poesía más preciosas que la plata de sus entrañas, fué el sevillano Luis de Ribera, uno de los más excelentes y olvidados ingenios de nuestro siglo de oro, el cual en 1.º de Marzo de 1612 firmaba en Potosí la dedicatoria de sus *Sagradas Poesías* á su hermana doña Constanza María de Ribera, monja profesa del hábito de la Concepción (1). «Libro precioso y de lo mejor que se ha escrito en su línea (dice con razón D. Bartolomé J. Gallardo.) Ribera es castizo y elegante poeta; su dicción y estilo saben más al siglo XVI que al XVII; sus versos tienen el sabor dulce y suave de los del M. León y la lozanía de los de Herrera y demás de la escuela sevillana. El gusto del autor es muy severo y clásico: nada de oropel ni argentería: oro macizo. Sólo me disuena la mezcla que usa en la elegía sexta (*De la entrada y triunfo de Cristo en el cielo el día de su gloriosa ascensión*) de las divinidades paganas con los serafines....., pero aun así hay siempre gran pompa y boato poético.»

Además de estos poetas forasteros, tuvo la villa imperial de Potosí un versificador local, llamado Juan So-

(1) *Sagradas Poesías de D. Luis de Rivera, dirigidas á la Señora Constanza María de Rivera, su hermana, Monja profesa en el hábito de la Concepción..... Año 1612, impreso en Sevilla por Clemente Hidalgo, 4.º*

La mayor parte de las poesías de este tomo, que es muy raro, han sido reproducidas en el *Romancero y Cancionero Sagrados* de D. Justo de Sancha (t. xxxv de la *Biblioteca de Autores Españoles*, págs. 56-67 y 277-289).

brino, de quien el historiador D. Bartolomé Martínez y Vela, en sus *Anales* inéditos de aquella ciudad minera, transcribe algunas décimas y otros fragmentos. Población en donde el oro y la plata corrían á raudales y el fausto y la ostentación habían llegado á extremos de delirio, no podía carecer de fiestas escénicas; y las tuvo en efecto, muy desde el principio, alternando con las justas y pasos de armas, con las procesiones y lujosas cabalgatas, máscaras, torneos, costosas galas, toros, sortijas, saraos y banquetes soberbios, de que las crónicas del Potosí, que parecen cuentos fantásticos, nos dan razón á cada momento. La raza vencida tomaba parte en estos festejos, y había representaciones mixtas de castellano y quichua, según apunta con muy curiosos pormenores Martínez Vela (1):

«Dieron principio con ocho comedias: las cuatro primeras representaron con singular aplauso los *nobles indios*. Fué la una el origen de los monarcas Ingas, del Perú; en que muy al vivo se representó el modo y manera con que los señores y sabios del Cuzco introdujeron al felicísimo Manco-Capac 1.º á la regia silla; cómo fué recibido por Inga (que es lo mismo que grande y poderoso monarca) de las diez provincias que con las armas sujetó á su dominio; y la gran fiesta que hizo al Sol en agradecimiento á sus victorias. La segunda fué los triunfos de Huaina Capac, undécimo Inga del Perú, los cuales consiguió de las tres naciones, Changas, Chun-

(1) Citado por Quesada, *Crónicas Potosinas*, t. 1, pág. 305. Es lástima que el Sr. Quesada omitiera dato tan importante como el de la fecha de estas fiestas dramáticas.

cios, Montañeses y del señor de los Collas; á quien una piedra despedida del brazo poderoso de este monarca, por la violencia de una honda, metida en las sienes, le quitó la corona, el reino y la vida: batalla que se dió de poder á poder, en los campos de Hatun Colla, estando el Inga Huaina Capac encima de unas andas de oro fino, desde las cuales le hizo el tiro. Fué la tercera las tragedias de Cusihuascar, duodécimo Inga del Perú; representándose en ella las fiestas de su coronación; la gran cadena de oro que en su tiempo se acabó de obrar, y de que tomó este monarca el nombre; porque *guasca* es lo mismo en castellano que sogá del contento; el levantamiento de Atahuallpa, hermano suyo, aunque bastardo; la memorable batalla que estos dos hermanos se dieron en Quipaypán; en la cual, y de ambas partes, murieron ciento y cincuenta mil hombres; prisión é indignos tratamientos que al infeliz Cusihuascar le hicieron; tiranías que el usurpador hizo en el Cuzco, quitando la vida á cuarenta y tres hermanos que allí tenía, y muerte lastimosa que hizo dar á Cusihuascar, en su prisión: representóse en ella la entrada de los españoles en el Perú; prisión injusta que hicieron de Atahuallpa, décimotercio Inga de esta monarquía; los presagios y admirables señales que en el cielo y aire se vieron antes que le quitasen la vida; tiranías y lástimas que ejecutaron los españoles con los indios; la máquina de oro y plata que ofreció porque no le quitasen la vida, y muerte que le dieron en Cajamarca. Fueron estas comedias (á quienes el capitán Pedro Méndez y Bartolomé de Dueñas les dan título de sólo representaciones) muy especiales y famosas; no sólo por lo costoso de sus tramos, propiedad de trajes y novedad de historias, sino

también *por la elegancia del verso mixto del idioma castellano con el indiano.*»

Del pomposo aparato de estas representaciones puede formarse idea por este relato del mismo cronista, que, aunque prolijo, es muy curioso:

«Iban por delante muchos indios con varios instrumentos de música y cajas españolas. Tras ellos venían doscientos indios, en hileras de á cinco hombres cada una, vestidos de pieles de vicuña, con guirnaldas de sauce en la cabeza, y cañas de maíz con sus hojas y mazorcas en las manos; y detrás traían en hombros unas andas de grandor considerable; en medio de ellas estaba un globo, la mitad dorado, y la otra mitad plateado, en cuyo rededor estaba mucha variedad de árboles, plantas, flores y frutos; denotando la fertilidad de este nuevo mundo, y cubierto de oro y plata conforme en todo á su natural. Luego se seguían, en varios acompañamientos, todas las naciones de indios que habitan esta América Meridional del Pirú, llamado por los españoles Nueva Castilla y Nueva Toledo. Iban las naciones cada una con sus propios trajes; cuyos principales estaban cabalgados en leones, otros en tigres, otros en cocodrilos (llamados en estas Indias caimanes) y otras varias y horribles fieras; formadas unas de metal y otras de madera, todas en muy vistosas andas, pintadas en ellas sus hazañas. Tras de éstos venían otras cuadrillas de indios vestidos de pluma, paja y algodón, tañendo y cantando á su modo y en su idioma. Luego se seguían por su orden todos los Ingas del Perú, desde el famoso Manco Capac hasta el valeroso Sayri Tupac, que había molestado á los españoles, vecinos del Cuzco y de Huamanga, con sangrientas guerras. Venían todos en andas

doradas, sentados en aquellas sillas que usaban, de una pieza, con espaldar levantado y sin brazos, que llamaban *tianas*, y eran de finísimo oro.... Los indios que acompañaban á cada Inca iban vestidos con ricas camisetas, mantas y *llaytus* en sus cabezas, trayendo cada uno los instrumentos y obras que dieron fama á sus monarcas. En el acompañamiento del Inca Huascar traía el recuerdo de aquella gran cadena de oro que se acabó en su tiempo á costa de sus tesoros, la cual salía á ser vista; rodeaban con ella las andas y persona real, levantada en los hombros de los caballeros que llamaban *orejones*; y era tan grande, que de trecho en trecho la sustentaban trescientos hombres; y cuando doblaban el acompañamiento (que era en día señalado) acortaban los trechos y entraban seiscientos hombres, unos en pos de otros. Pero quien más se señalaba entre los Ingas de este paseo era el soberbio Atahualpa (que hasta en estos tiempos es tenido en mucho de los indios, como lo demuestran cuando ven su retrato), el cual venía en unas andas de forma piramidal, vestido de una riquísima camiseta toda cuajada de perlas y piedras preciosas.»

Viene luego una minuciosa descripción del traje de Atahualpa, «que por ser muy semejante, sin quitar ni añadir cosa alguna, lo cuentan en sus historias el capitán Pedro Núñez y Bartolomé de Dueñas».

Las especiales condiciones de vida social en que se encontraban los territorios del Alto Perú, sin más población española que la atraída por la devoradora fiebre de las riquezas y por la explotación de los grandes yacimientos metalíferos, impidió que allí floreciese durante el período colonial ningún escritor de monta, si se exceptúa al cronista de la orden de San Agustín en el